

Héctor Laborda había muerto solo en un vetusto edificio de Düsseldorf. Una pareja de policías con uniforme verde y gorra de plato, alertada por los vecinos a causa del hedor que llevaba días invadiendo el rellano de la escalera, halló el 24 de diciembre de 2003, a las once de la mañana, sus restos empotrados en un sillón orejero junto a la ventana. El periódico alemán no decía si los uniformados disfrutaron de su cena aquella Nochebuena. Ni cómo celebraron la Navidad los demás inquilinos del inmueble, habitado íntegramente por jubilados de la Deutsche Bundespost (Servicio de Correos Federal de Alemania). Se recreaba en la mugrienta Biblia que reposaba abierta sobre las rodillas del cadáver cuando irrumpieron las fuerzas del orden, y en la botella de Fundador que ocupaba una mesita auxiliar sembrada de periódicos añejos y restos de comida, a escasos centímetros de los pútridos despojos de Laborda. Un coñac destilado en el sesenta y uno. El timbre de papel que sellaba el tapón pudo haber sido lo último que vieron los ojos del anciano Gastarbeiter («Trabajador invitado», inmigrante) conjeturaba el autor del artículo, un tal Benno Hoffmann.

No sé qué me empujó a navegar por internet aquel 29 de diciembre. Ni por qué abrí la edición digital de un periódico alemán precisamente en la redacción. Odiaba internet y llevaba siglos sin leer la prensa germana. Quizá lo hice por desesperación. Quince minutos antes, el jefe me había encargado mi primer trabajo de reportera: un pequeño artículo para el siguiente suplemento dominical del periódico. Tema libre, fue su consigna. ¡A las siete en mi despacho con una tormenta de ideas!, agregó después con risa de hiena. Y me dejó exprimiéndome las neuronas embotadas de turrónes de chocolate, cava y cenas tan opíparas como innecesarias. Entre semejante chatarra mental se imponía agudizar el ingenio al máximo.

Centré mi atención en una de las imágenes que ilustraba la crónica alemana. Era un primer plano de la Biblia que debió de haber sido la última lectura de Héctor Laborda. El fotógrafo la había captado abierta. Distinguí con claridad lo manoseadas y quebradizas que estaban las hojas. El difunto, o quien fuera, se había despachado a gusto subrayando con lapicero temblón línea tras línea. Amplié la instantánea usando el ratón. El título Salmo 51 encabezaba la página. A continuación leí «Miserere». Yo no había abierto una Biblia desde que hice la primera comunión y me sobrecogí. Había algo macabro en el hecho de que aquel anciano hubiera muerto sin más compañía que una vieja botella de coñac y esa Biblia decrepita. Elegí al azar uno de los párrafos subrayados. Decía:

Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salvación, y aclamará mi lengua tu justicia.

El cadáver olvidado de ese emigrante me hizo recordar el otoño del setenta y cuatro, cuando papá encontró trabajo de chófer en la empresa que construía la autopista del Mare Nostrum y no se lo pensó dos veces. Se despidió de la Deutsche Bundespost, alquiló un camión de mudanzas en cuyo buche dos mozarrones coloradotes amontonaron nuestros muebles, el televisor en color y el tocadiscos hi-fi, embutió a la familia en el Ford Consul de color vainilla y no cesó de cantar a dúo con mamá «Lo que quieres es que te coma el tigre, que te coma el tigre.» hasta pasado Besançon. A mi lado, Anita no paró de refunfuñar por lo bajini. En La Junquera, un policía asomó su única ceja a la ventanilla de papá y le pidió la documentación. Las protestas de Anita se convirtieron en llanto. La benjamina renegada de papá ya había nacido en Düsseldorf, al año y medio de que mamá y yo llegáramos de Valencia. Mi madre siempre decía que Anita había salido más alemana que Adenauer, porque papá se olvidó de poner la marcha atrás. El infractor miraba entonces a esa hija tan germana y meneaba pesaroso la cabeza. A mí me infló de españolía para equilibrar la balanza. Y acabé con el corazón atiborrado de rancio amor patrio. En el aparcamiento del bar fronterizo donde íbamos a merendar, papá abordó a un camionero que se descolgaba de un tres ejes con matrícula española. ¿Sería tan amable de hacernos una foto, caballero?, le espetó. El rey de la carretera se despegó una a una las pestañas somnolientas, asomó un ojo huero al objetivo de la Kodak y pulsó el botoncito rojo. La instantánea nos

inmortalizó a los cuatro alineados ante la rejilla del radiador, rebozada por un millar de mosquitos teutones y galos. Papá y mamá sonreían, y la mariposa de la ilusión les aleteaba entre las quijadas. Yo les emulaba con el entusiasmo de mis dieciséis años alimentados con esencia de españolía, mientras Anita mostraba a la Instamatic su lengua de sediciosa. Tenía diez años y medio y no dejó de añorar Alemania hasta los treinta y cinco, cuando se marchó a Bonn con un germano empleado en el Bundestag, que veinticuatro meses después la llevó en su alado Mercedes al Berlín reunificado sobre los escombros del Muro. Ahora mi hermana tiene dos hijos rubiales que no hablan español y se chamuscan en cuanto el sol les lame la piel.

-¿Qué, de paseo por la red? Te recuerdo que a las siete te quiero en mi despacho con un saco de ideas.

Levanté la vista. Ramón proyectaba sobre mi escritorio la sombra de una planta maligna con inclinaciones carnívoras. Nunca disimuló que me consideraba una inútil integral. La enchufadilla del director. Encima, demasiado madura para estudiarle el trasero de reojo, como hacía cuando su secretaria Lorena caminaba delante de él. Pegué de nuevo la mirada a la página web en color. La Biblia me observaba desde el Salmo 51, como si le diera mucha pena mi precario futuro en el periódico. Minimicé la fotografía. Apareció la vieja botella de Fundador, haciéndome guiños desde su santuario digital, con la sabiduría de quien ha sido testigo privilegiado de la extinción de una vida. Entre las dos me soplaron la respuesta:

-¿Qué te parece la historia de un emigrante español jubilado que muere en su piso de Alemania más solo que la una, con la única compañía de una botella de coñac Fundador del sesenta y uno, además de una Biblia fosilizada donde había subrayado partes de un salmo que habla de derramamiento de sangre y justicia?

Ramón congeló la sonrisa. Leí en sus ojos el impulso de rechazar la propuesta. Después, la codicia de periodista ante una noticia prometedora.

-¿De dónde has sacado la historia? ¿No te la estarás inventando?

Señalé hacia la pantalla a todo color.

-Viene hoy en un periódico digital de Alemania. Puedes comprobarlo tú mismo.

-Sabes de sobra que no sé alemán -gruñó Ramón.

Me encogí de hombros. No me convenía seguir haciendo eslalon entre minas antipersona. Nunca muerdas la mano que te da de comer, pensé. Y decidí dar un poco de jabón al jerifalte, por si acaso:

-Lo había olvidado. Como hablas tantos idiomas.

Él no replicó. Robó una silla a la mesa de al lado. Se sentó enfrente de mí. Me miró bajo el entrecejo, oscuro como el bosque donde el Lobo Feroz acecha a la inconsciente de Caperucita. Se me ocurrió que si no se reía, mi engreído jefe no era nada feo. Hasta poseía un chasis aceptable. Y olía bien en las distancias cortas.

-Vamos a ver, Clarita -empezó él con aire de suficiencia-. Abuelos que buscan consuelo en la Biblia, hay para dar y vender. Y abuelos que mueren solos y desatendidos en sus casas, por desgracia, también. -Se interrumpió para perderse durante unos segundos en una espiral de reflexión, de la que salió resoplando como un toro-. Aun así, la idea tiene su punto, lo reconozco. Pero tú estás muy pez en esto. En los cinco meses que llevas en el periódico, sólo has hecho tareas de secretaria y algo de archivo. No estás preparada para una historia tan ambiciosa. Confórmate con algo fácil para empezar.

Volví a odiarle con toda mi alma. Tragué saliva para encajar el nuevo latigazo.

-¿Has pensado cómo te vas a documentar? -añadió él-. Un periódico recién creado no puede tirar el dinero así como así, máxime teniendo la competencia de diarios tan asentados como Las Provincias y El Levante. Esto no es la facultad de Periodismo, querida. Ni sirve para que una filóloga frustrada se dedique a hacer prácticas a costa del presupuesto. ¿Estamos?

Lo de filóloga frustrada me dolió. Y salté. Ya me daba igual pisar una mina o un campo completo.

-Vale, yo no he hecho ningún máster en Estados Unidos.

Eso iba por Ramón, que perfeccionó sus estudios en Nueva York y después trabajó cinco años en The New York Times. Nadie sabía cuál fue su rango allí, sólo que volvió de las Américas casado con una caña de bambú rubia que hablaba español como si tuviera un chicle por lengua. Él no movió ni las comisuras de los labios. Como ya era tarde para callarme, seguí hablando:

-es la primera vez que trabajo en un periódico y sólo llegué a cuarto de Filología Hispánica.

Toda la redacción lo sabe y se encarga de que no lo olvide. Pero sé escribir. Y si en vez de echarme los perros cada vez que abro la boca, me echaras una mano, te lo podría demostrar.

La vista de Ramón se detuvo sobre mis pechos. Esa mañana me había puesto una camiseta muy ajustada, comprada la tarde anterior en una boutique destinada a jovencitas escuálidas, para celebrar la eficacia de la dieta, que me había pulverizado siete kilos y medio. No quise ni pensar dónde estaría echando la mano imaginaria ese presuntuoso macho cuarentón. Él clavó en mí una mirada sombría. Y proclamó:

-¿Sabes qué te digo, Clarita? ¡La historia es tuya! Dos páginas. Ni una palabra de más, ni una de menos. Lo mismo rige para la pasta gansa. Mañana por la tarde quiero saber cómo piensas organizarte el trabajo. Y salvo que me cuentes algo muy convincente, ¡no habrá presupuesto para viajes! Ni a Alemania, ni a Castellón de la Plana. Te apañarás con internet, que para eso sabes alemán mejor que Schroeder. ¿Me explico? -Lubricó el puñal con una sonrisa de coyote alevoso para que se hundiera mejor entre mis costillas-. Cualquiera problema que tengas, me consultas. No es cortesía. ¡Es una orden! -Ramón emitió su risa copiada a las hienas-. Y mira, por ser tú, tienes un mes de plazo para presentarme un artículo que me deje alucinado. ¡Demuéstrame de qué eres capaz!

© 2007, Carmen Santos

© 2007, Random House Mondadori, S.A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona